

ENTREVISTA A MONS. VINCENZO PAGLIA (para la revista “Ad Gentes”, de la Pontificia Obra Misionera Episcopal de Méjico)

1) ¿Qué importancia tiene la familia en la Iglesia Católica? ¿Y cuál es el papel de la institución familiar, para cualquier persona, en la formación de la fe y del amor por Dios?

Si empezamos a leer la Biblia, desde la primera página se entiende lo que significa la familia, no solamente para la Iglesia Católica sino para todos. “No está bien que el hombre esté solo”: y por esto Dios creó junto al hombre una persona que estuviera estrechamente ligada a él. En este sentido la familia es el gran don de Dios al mundo y a la Iglesia. Y ya en esta primera página se descubre la fuerza de la familia como motor de la historia; de hecho el Señor confía a esta primera familia la custodia de lo creado. Por lo tanto la responsabilidad de la creación, va unida a la invitación a multiplicarse y a llenar la tierra. Se trata entonces de la responsabilidad de crear la familia humana, de crear una red de relaciones, de vínculos, que constituyan el tejido – o mejoral realidad de la sociedad. En este sentido la familia ha sido también para la Iglesia Católica el lugar del nacimiento y de la expansión de la fe. Jesús mismo tuvo necesidad de una familia, la familia de Nazaret, y la misión de la Iglesia al principio se realizó gracias a una serie de familias. En este sentido la Iglesia Católica (pero también: las Iglesias cristianas) y la familia están unidas con un doble hilo entre ellas, y es por ello que se entiende cómo la trasmisión de la fe conduce a una alianza estratégica e indispensable entre la comunidad y la familia: podríamos decir que no se da la una sin la otra, y la fe – que también es un don de Dios – se transmite también gracias a la responsabilidad de la familia en la que se nace.

2) ¿Los padres como pueden inculcar en sus hijos el amor por Dios? Y por consiguiente: ¿Cuál y cómo ha de ser el acompañamiento de la Iglesia Católica para que los padres sean buenos transmisores de la fe?

La familia es el primer lugar dónde se vive no solo el aprendizaje de la vida- la vida ordinaria, natural, social- sino también el lugar dónde se

empieza a aprender la vida cristiana, es decir, a vivir como discípulos de Jesús, como hermanos y hermanas que escuchan la palabra de Dios que rezan, que practican la caridad, la fraternidad, la acogida a los más pobres. En este sentido los padres son los primeros testigos de la paternidad y de la maternidad de Dios. Sin embargo, esta es una responsabilidad enorme y muy indispensable porque la armonía dentro de la familia es decisiva para todos. Así pues, el ejemplo de la familia de Nazaret debe de estar siempre ante los ojos de la mamá y del papá, como también ante los ojos de los hijos. No olvidemos que Jesús crecía obedeciendo al mismo tiempo que crecía en sabiduría, en talla y en gracia. No se puede acallar la gran lección que los padres deben de aprender de María y de José, ocupados constantemente en enseñar al pequeño Jesús a rezar, a leer los salmos, a dirigirse en la mañana y en la tarde al Padre del Cielo.

A veces, también es cierto que los padres deben prestar atención a los hijos, porque los hijos pueden ser también “maestros de sus padres”. Y hoy sucede a menudo que son los más pequeños los que llevan a sus padres a la iglesia, como sucedió con Jesús cuando con doce años se quedó en el templo: su manera de obrar condujo a sus padres a respetar el designio del Padre. Es por esto que el vínculo entre comunidad cristiana y la familia hoy debe ser mucho más fuerte. A menudo puede suceder que exista una distancia entre la comunidad cristiana y la familia. Entre la vida de la parroquia y la vida de la familia. Es decisivo que las parroquias sean un lugar dónde las familias sean acogidas, y las familias sean un lugar donde se acoja la dimensión más amplia de la comunidad cristiana. En este sentido ha de crearse una osmosis que se haga evidente, y diría yo fundamental, en los sacramentos de iniciación cristiana. Aquí, familia y parroquia deben caminar al unísono. Y entonces podríamos decir que del mismo modo que es imposible que una parroquia no tenga familias, del mismo modo es imposible que una familia no tenga lazos con una parroquia. Y creo que este es uno de los puntos cruciales de la nueva pastoral parroquial y familiar.

3) ¿Qué respuestas puede dar la Iglesia Católica a los desafíos pastorales de las nuevas estructuras familiares que viven en nuestro tiempo?

Yo creo que la Iglesia Católica tiene en las manos este tesoro de la revelación de Dios, es decir, la belleza, lo extraordinario de la familia-padre, madre, hijos y generaciones precedentes. Si, este tesoro que ha sido confiado por Dios a la humanidad entera, y que Jesús ha vuelto a confirmar de tantas maneras, ha llegado a ser un sacramento: es el sacramento del matrimonio, que funda a la familia. En este sentido la familia debe redescubrir que el matrimonio no es solamente la celebración del inicio, no es una bonita ceremonia de la que se conservan las fotos y cada cierto tiempo, con un poco de nostalgia, se hojea el álbum de fotos. El sacramento del matrimonio, si se me permite una imagen automovilística, es como el motor de la familia. Y el motor debe funcionar todos los días – sin el motor el coche no anda. Entonces la gracia del matrimonio, de este sacramento (del cual los dos padres son los ministros), la fuerza del matrimonio debe ser la fuente de inspiración, la fuente de energía a la que acudir cada día para sí mismos y para los propios hijos, y también para alimentar los diversos lazos que la familia crea en su vida cotidiana, para que ellos sean verdaderamente inspirados por el amor de Dios y que la familia descubra una vocación amplia, misionera, que el Señor le confía claramente. La familia es creada no solo para amarse a ella misma sino sobre todo para dar testimonio del amor al mundo que esta fuera de la familia. La familia cristiana, queriendo utilizar una frase de Pablo VI dedicada a la Iglesia, “o es misionaria o no lo es”.

4) ¿Podría usted dar un mensaje a las familias para que puedan vivir intensamente su fe por medio del nacimiento del Niño Jesús?

Mi deseo es que las familias descubran aquel dicho extraordinario de Jesús al que solamente Pablo hace referencia: “Hay más alegría en dar que en recibir”. El amor familiar, el cristiano, es exactamente esto: hay más felicidad en el dar que en el recibir. Los padres, si uno se da al otro, son ambos más felices; si unidos se dan al hijo son más felices aún. Si los padres y el hijo se dan a los demás, fuera del núcleo

familiar, el amor crece y se robustece ulteriormente. Es por esto que yo diría que el amor cristiano conduce a la familia a superar todos los obstáculos, porque en realidad se trata del amor trinitario. La primera familia a ser la más feliz del mundo es la mismísima Trinidad. Porque no se ha cerrado dentro de ella misma, sino que ha enviado, superando los 'confines' de la Trinidad, al Hijo sobre la tierra. Y de esta manera ha aumentado la alegría de todos su 'habitantes'. Este amor alcanzó los confines del mundo. Para resumir diría que la familia vive plenamente su felicidad si se hace semilla de amor para todos.

5) ¿Cuál es el mensaje personal que querría enviar a la Pontificia Obra Misionaria Episcopal de Méjico (OMPE)?

Deseo a la OMPE que siembre en los corazones de todas las familias el amor que empuja a ir más allá de uno mismo, de tal modo que este amor produzca una energía benéfica no solo para todo Méjico sino para el mundo entero.